

JESUCRISTO ES LUZ PARA TODOS, ES LUZ SIEMPRE Y EN TODO LUGAR

PREGÓN DE SEMANA SANTA

ALICANTE, 31 DE MARZO DE 2019

Se trataba de un pueblo que vivía en la más completa oscuridad. Ningún habitante de aquel lugar había visto jamás la claridad. Caminaban por la vida como los ciegos, palpando todo lo que encontraban a su alrededor y en multitud de ocasiones cuando la gente salía a la calle tropezaba con el primer obstáculo que encontraba en su camino. Aquel pueblo era como estar permanentemente metido en una mazmorra o una mina sin luz.

Lo más curioso es que todo el mundo estaba durante toda la jornada buscando como loco algo que iluminara, porque una vez habían oído que alguien dijo:

-«Te hago luz de las naciones. Tú eres mi pueblo y debes iluminar para que todo el mundo vea el camino».

La verdad es que nadie sabía qué es lo que debía buscar para que apareciese la luz, pues nadie la conocía. Era curioso verles buscar. Se aferraban a todo lo que encontraban y ante cualquier cosa con la que tropezaban siempre decían: *¡Para mí! ¡Esto es mío!...* por si acaso fuera la luz.

Un día, nació un niño y la gente cuando lo palpaba para reconocerlo decía: «Este chaval es distinto». Incluso sus padres, llegaron a preocuparse, porque no actuaba igual que los demás.

Aquel muchacho se extrañó todavía más, y lo único que se le ocurrió añadir fue: *«Te ayudo».*

Era la primera vez que se oían aquellas palabras en la cueva de la oscuridad y retumbaron con fuerza enorme. La

cueva quedó sumergida en el mayor de los silencios, parecía como si todos se hubieran quedado paralizados; pero lo que más asombró no fue el eco especial, sino que por un momento había surgido un resplandor, un destello asombroso. La gente estaba admirada y su corazón latía a gran velocidad.

El muchacho volvió a repetir: «*¿Quieres que te ayude a buscar?*». Y aquel resplandor volvió a aparecer ante el silencio asombrado de la gente. El chaval se quedó iluminado como la pequeña llama de la vela y los habitantes de la cueva pudieron ver... que el muchacho era una *luz*. Además, se fueron dando cuenta de que todos ellos eran luces, sólo que estaban apagadas.

Las casas eran faroles en los que no cabía nadie porque estaban llenos de trastos inútiles que cada uno había ido almacenando. La plaza de aquel pueblo era una antorcha enorme, pero estaba a punto de quedar sepultada en medio del desorden.

Cada vez que alguien ayudaba a otro a limpiar algo, cada vez que alguien ayudaba a otro a caminar, se encendía dentro de él una luz. Y faroles destartados se fueron convirtiendo en la ciudad de la *luz*. La luciérnaga que me contó este relato, cuando le pregunté por aquella ciudad, me dijo: «Sólo sabe cada hombre dónde está. Y para localizarla, es preciso buscar los planos dentro del corazón de uno mismo». Y añadió: «*Solamente aquellos que deseen ser luz, lograrán encontrarla*».

Sr. Párroco D. Alfonso González.

Muy Ilustre, Penitencial y Franciscana Cofradía del Stmo. Ecce-Homo y Ntra. Sra. de la Amargura Muy Piadosa Hermandad y Cofradía de Nazarenos de la Santa Redención, tengan una buena tarde y que el Señor les dé su paz.

Agradeciendo la invitación para estar con ustedes este día, quería decirles que este fraile no es ningún cuentista, (lo digo por aquello de iniciar este pregón con un cuento) aunque, por otro lado, el que

más el que menos, siempre tiene algo de eso. Sea como fuere, lo que nos toca es realizar un pregón. Y el pregonero ya saben ustedes lo que es: aquella persona que en alta voz da difusión a los pregones, para hacer público y notorio todo lo que se quiere hacer saber a la población. Así lo define una conocida web. Y yo añadiría desde mi condición de franciscano: “difusión breve, concisa y directa de los pregones que se quiere hacer saber a la población”, pues San Francisco de Asís nos dijo a los que nos teníamos que dedicar a esto de la palabra, que nuestro discurso fuera breve. Por ello, no tengo otra alternativa que decirles lo siguiente tal como hacían los pregoneros de antaño por las calles de todos nuestros pueblos y ciudades:

“Les hago saber que Jesucristo es nuestra luz siempre y en todos los momentos de nuestra vida”.

Dicho de otro modo: *“Pongo en conocimiento de ustedes que Jesucristo es nuestra esperanza y alegría”.*

Vamos a ver si a la tercera va la vencida: *“El hombre al que contemplamos coronado de espinas, con una caña por cetro y sin más vestido que una capa de color púrpura es para nosotros presencia libre, amor en plenitud, esperanza de redención universal”.*

Creo, con sinceridad, que lo que ahora procedería sería realizar un prolongado silencio y pensar en estos anuncios, nada originales, por otro lado, pero que fundamentan a la persona cristiana en la raíz. Silencio, silencio... qué hacemos contigo, compañero de vida tan necesitado como rehuido... silencio que denuncia nuestras prepotencias, desenmascara nuestras mentiras y nos reconcilia con lo creado... ay silencio, si no fuéramos tan esquivos hacia ti, si te acogiésemos como familiar que eres de nuestra vida y que tanto bien nos haces...

Pero el caso es que no hemos venido a hacer silencio, sino a contagiarnos de una noticia que siempre es buena. Esta noticia que les acabo de anunciar es buena, personalmente diría que es la

mejor de las noticias posibles. Porque pregonar a Jesucristo es lo mejor que uno puede hacer, más en este tiempo de celebración de su muerte y de su vida.

Si estamos aquí es porque queremos vivir con intensidad la semana santa, y queremos hacerlo con sentido cristiano. Queremos vivir la semana santa en nuestra ciudad de Alicante y más concretamente en la Hermandad del Santísimo Ecce Homo y Redención de nuestra parroquia de San Antonio de Padua, y lo hacemos en este año especial en el que se celebran 50 años de andadura comunitaria.

Es la semana santa de 2019, única en nuestra vida, oportunidad que se nos da para vibrar apasionadamente junto al hombre Jesús, Ecce Homo, caricaturizado como un rey por los romanos, sometido al escarnio de la burla por parte de aquella turba manipulada y que nosotros confesamos como redentor de la humanidad. Para ello, les pediría dos cosas: la primera es que tengamos bien presente quiénes somos, de dónde venimos, cuáles son las experiencias de la vida que nos han configurado y configuran, a quiénes tenemos a nuestro alrededor. Consideremos lúcidamente nuestras experiencias de alegría y también de dolor. La segunda es que tratemos de poner en nuestra vida, la concreta, la real, a Jesús, persona que vivió el amor hasta el extremo.

Si digo esto, es porque la semana santa es una experiencia de vida y no simplemente un conjunto de ritos y de actos sociales. Para que la semana sea santa, ha de estar marcada por la experiencia del hombre Jesús¹. Es por ello, que nos vemos obligados a tener en cuenta esas dos realidades: nuestra persona y la persona de Jesucristo.

¹ Qué es ser santo: *Todos estamos llamados a ser santos viviendo con amor y ofreciendo el propio testimonio en las ocupaciones de cada día, allí donde cada uno se encuentra. ¿Eres consagrada o consagrado? Sé santo viviendo con alegría tu entrega. ¿Estás casado? Sé santo amando y ocupándote de tu marido o de tu esposa, como Cristo lo hizo con la Iglesia. ¿Eres un trabajador? Sé santo cumpliendo con honradez y competencia tu trabajo al servicio de los hermanos. ¿Eres padre, abuela o abuelo? Sé santo enseñando con paciencia a los niños a seguir a Jesús. ¿Tienes autoridad? Sé santo luchando por el bien común y renunciando a tus intereses personales* (EG 14).

Por eso les pido que no se conformen con mirar a Jesucristo desde una perspectiva sensiblera o folclórica, psicológica o humana, sino con fe. No vean a Jesús como un hombre abatido ante el cáliz que no quiere beber, o dolido por el abandono de sus amigos, o resignado ante las falsas acusaciones que le llevarán a la muerte, o humillado por los ultrajes de aquellos que le habían aclamado días antes como el mesías, o hundido bajo el peso de la cruz, o atormentado por el dolor de los clavos de la cruz, o despreciado por quienes se ríen de él en el mismo momento de su agonía... No pasan de ahí quienes miran la realidad con pesimismo y se convierten en agoreros que tratan de contagiar su malestar en derredor suyo. Pero nosotros no, no podemos quedarnos simplemente ahí... Sí, es cierto, este hombre sufrió. Pero para mirar a su sufrimiento, hemos de mirar a su vida, y ésta fue una vida plena, vivida desde el amor y la entrega a los demás. Porque vivió libre, sabía que su vida era una constante provocación para los poderosos cuya desembocadura preveía con lucidez tiempo antes de su arresto. Pero también sabía que tenía que ser fiel a sí mismo y a lo que había recibido de Dios Padre.

No, no se podía quedar para sí mismo la luz que ardía en su interior, pues su destino era contagiarla a este mundo para que pudiese vivir por fin, de la gran luz que emerge desde el interior de cada cual. Jesús, el hombre, iluminó a infinidad de personas, deslumbró a otras tantas, y a algunas les quemó la vista porque no lo podían resistir. Jesucristo asume el final de su vida como el resto de la misma: sabiéndose en manos del Padre que todo lo puede, hasta librarlo de la muerte. Por eso, cuando participemos en las procesiones y en las celebraciones litúrgicas de estos días, acojamos el amor que manifiesta toda su vida, pues el cristiano siempre que celebra, pone en el centro de la misma todo el amor de Dios revelado en su Hijo.

Les pregunto directamente: cuando contemplan la imagen que veneran, el Ecce Homo, ¿a quién contemplan? ¿cómo calificarían a ese hombre? ¿qué les mueve por dentro? Querría afirmar con toda claridad lo siguiente, puesto que me han dado la oportunidad de realizar este pregón en un año tan significativo marcado por el

50 aniversario de la parroquia: Jesús da sentido de nuestras vidas, por eso no fue un hombre abatido, ni resignado, ni hundido, ni atormentado... Eso es propio de las personas que viven sin consistencia. Al contrario, con sus últimos momentos pone de manifiesto que su vida fue luminosa. Por eso, les pido que no nos lamentemos ante el dolor de este hombre, sino que traigamos a nuestra consideración su libertad tan tremenda para asumir un proceso tan injusto como fiero; les pido que sopesemos la misericordia de este hombre, capaz de perdonar a los suyos que le traicionaron y negaron y a los que le asesinaron; les pido que pongamos nuestros ojos fijos en la relación tan profunda e íntima con el Padre y el Espíritu Santo que son quienes le sostienen en todos los momentos de su vida y, cómo no, en este también; les pido que se admiren de la lucidez de este hombre que una vez clavado en la cruz tiene palabras de consuelo para su madre y para su discípulo amado.

Porque, ¿y si es cierto que, a pesar de tener tantos signos a nuestro alrededor de mentira y muerte, resulta que la bondad, la misericordia y el perdón son las apuestas fuertes de la vida por las que merece la pena jugarse el todo por el todo? Si lo pensamos un poco, decir esto puede resultar cursi, o incluso frívolo. Insisto, un mundo que exige ser poderoso, competitivo y en algunos momentos hasta violento, parecería que no permitiese dar cabida a esos otros valores.

Por eso, les animo a que desde la experiencia de Jesucristo, vivan con esperanza todo tipo de circunstancias personales y familiares. Las dificultades, sean del tipo que sean, en sí mismas no son una tragedia. Antes bien, nos ayudan a crecer, son necesarias para el desarrollo de la persona y ponen a prueba todo lo que llevamos dentro de nosotros. La tragedia de la persona de nuestro tiempo, hermanos, ¿sabéis cuál es? La soledad. Cuando cada cual vive su vida sin tener en cuenta a los demás, cuando confundimos la libertad con hacer lo que nos apetece, cuando reivindicamos constantemente nuestros derechos pero apenas recordamos que somos seres de obligaciones, entonces la vida se convierte en un drama. Lo siento, pero los cristianos no estamos para estas cosas.

Nosotros tenemos a Jesucristo que, pasando por diversas experiencias, y culminando con la crisis de la cruz, nos dice que incluso la muerte hay que vivirla con esperanza. Lo nuestro no es quedarnos encerrados en nosotros mismos. Lo nuestro es compartir lo que somos y tenemos con los demás, porque Jesús así lo hizo y, por otra parte, porque es lo más propio y noble de la persona. Abrirnos, abrirnos a los demás, ayudarnos, estar cerca unos de otros, sentirnos afectados por lo que el otro sufre, saber que yo tengo una responsabilidad directa sobre el destino de mi familiares y vecinos, contar con las fuerzas de los demás para realizar nuestros proyectos, saber que necesitamos de los demás para ser completos... es como el “a b c” para vivir nuestra vida con ciertas garantías de éxito.

Lo nuestro, hermanos, es ser personas que se relacionan desde el respeto, es creer en las posibilidades de los demás, es saber integrar a quienes son diferentes a nosotros, es saber trabajar juntos, es ser conscientes de que el otro me puede fallar pero no por ello le voy a juzgar y menos a condenar. No, lo nuestro no es condenar, sino animar; lo nuestro no es señalar con el dedo acusador sino disculpar. Lo nuestro no es desesperar, sino estar abiertos a la novedad de Dios que hace de lo estéril algo valioso y bello. Y estas no son palabras bonitas: pensemos en Abraham y la promesa de su hijo, pensemos en Moisés y la promesa de la tierra que mana leche y miel, pensemos en tantos y tantos profetas que anunciaron esperanza donde el común de los mortales no eran capaces de ver otra cosa que muerte y destrucción. Pensemos sobre todo en Jesucristo, que de la injusticia de la cruz y en el silencio del sepulcro ha arrancado el grito más precioso y potente de cuantos se pueden pronunciar en este mundo: “ALELUYA” “ALELUYA”.

Esto es lo nuestro, esta es la luz que trae Jesús. Y esa luz ha prendido en infinidad de personas que han incorporado la sabiduría auténtica de la vida que les ha hecho ser tremendamente libres y vivir con una paz profética. Si tratásemos de vivir así les garantizo que las dificultades no serían un mal indeseable, sino una oportunidad, porque no habría dificultad que se nos resistiera.

El fundamento de esta actitud ante la vida ya lo hemos dicho: Jesucristo. San Pablo dirá que “si Dios está con nosotros, ¿quién estará contra nosotros?... ¿Quién será el que condene, si Cristo Jesús ha muerto, más aún, ha resucitado y está a la derecha de Dios intercediendo por nosotros? ¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿La tribulación, la angustia, la persecución, el hambre, la desnudez, el peligro, la espada?... Pero Dios que nos ama, hará que salgamos victoriosos de todas estas pruebas.” (Rm 8,31.33-35). Texto con una fuerza extraordinaria escrito por un hombre que experimentó en sus propias carnes cada una de esas realidades que cita como susceptibles de ser separados del amor de Cristo. Nada, hermanos, nada en este mundo nos puede separar de este hombre. Quien comparte el misterio de su vida, queda enamorado, fascinado, transformado por la luz que emana de su persona y le hace comprenderse como una criatura nueva ante sí mismo y ante la realidad de este mundo. Jesucristo es en todo momento luz para aquellos que le reconocen y confiesan como Hijo de Dios. Esta luz se hace especialmente intensa en este momento de la semana santa en la que se sintetiza toda su sabiduría, toda su enseñanza y todo su buen hacer. Por eso, les ruego, a todos ustedes, miembros de esta cofradía del Ecce Homo y Redención de Alicante, que vivan esta semana santa mirando de frente a su titular, el Ecce Homo, sin olvidar en ningún momento su fuerza redentora que se manifestará en la resurrección.

Miremos de frente al resucitado sabiendo que ha pasado previamente por la cruz. Porque Jesucristo es luz del mundo y ello se nos muestra cuando integramos su resurrección en el proceso de su muerte, y cuando participamos de la certeza de que la muerte irá acompañada de la experiencia de la resurrección.

Mírenlo bien, de frente, para que les hable y les diga, no aquello que quieren oír, sino aquello que Él quiere que ustedes escuchen. Les ruego que en estos días de semana santa tengan algún momento de serenidad y de silencio para dejar espacio a la relación con este hombre que quiere ayudaros a llevar las cruces pesadas que a buen seguro muchos de ustedes soportan. Párense

por un momento, se lo suplico, para que sientan su cercanía, su aliento, su mano amiga, su abrazo fraterno. Les ruego que se dejen ayudar por él, dejen que Jesús prenda en ustedes la luz que necesitan para que las cañadas oscuras por las que tienen que transcurrir queden iluminadas con una luz que les haga ver con claridad la belleza de la vida que les rodea.

¿Y qué es mirar de frente al Ecce Homo para que su efecto sea redentor en nosotros? Muy sencillo y a la vez muy complejo: es tener ojos de fe, como decía al principio.

Los ojos de fe nos llevan en primer lugar a contemplarnos a nosotros mismos como personas únicas, originales, irrepetibles, llenas de una vida que se revela como infinita porque el Hombre Jesús así nos lo ha recordado a través de tantos gestos de perdón, curación, resurrección.

Esta fe también nos llevará a dar infinitas gracias a Dios por haber recibido la vida de nuestros padres y haber podido nacer en una familia que, con sus luces y sombras nos han enseñado los pasos de amor y nos han ofrecido todo lo que son para que nosotros también seamos. Mirar al hombre Jesús es reconocer en él a todos aquellos que nos han querido y nos quieren de manera incondicional. Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo, nos dirá el mismo Señor (Mt 28,20).

Pero no nos podemos engañar. El Ecce Homo, el hombre Jesús, también nos conducirá a reconocerle en aquellos que sufren y nos hacen sufrir. Sabemos que contamos a nuestro alrededor con personas que nos ponen constantemente a prueba y que a veces nos sacan lo peor que llevamos dentro. Con facilidad las criticamos y hasta nos atrevemos a juzgarlas, sin reparar qué les puede llevar a tener esa actitud hacia nosotros. ¿No está Jesús en ellos recordándonos que ese también es mi hermano? Pero no solo eso. En una ciudad como Alicante con tanto turismo, acogemos muy bien a unos y a otros nos cuesta algo más, muchas veces en función del poder adquisitivo que tenga. Pero, ¿acaso no está Jesús de manera preferencial en los subsaharianos que dejan tierra y familia para buscar un futuro esperanzador? ¿Son en verdad

personas que merecen nuestro respeto o amenazas para nuestro trabajo, para nuestra seguridad, para nuestra simple comodidad a la hora de pasear por la calle? Cuánto bien nos haría pararnos ante estas personas y preguntarles por su vida: reconoceríamos a Jesucristo de manera inmediata, sobre todo si traemos a nuestra mente sus palabras: “cuando lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis” (Mt 25,40).

Se hace necesario, por tanto, mirar tan hacia abajo como hacia lo alto, para salir de lo anodino de nuestras rutinas. Esta mirada hemos de dirigirla hacia dentro para descubrir lo más auténtico de nosotros y percibir en ahí está Dios realizando la novedad de su resurrección. Y también la hemos de dirigir hacia afuera para nombrar los signos de bondad en medio de tanta violencia. Somos personas con una esperanza fuerte, la de ser hijos de Dios que viven con pasión su condición de redimidos por el amor del crucificado. Porque la resurrección no hay que confesarla y perseguirla al final de nuestros días. En el día a día también se da en nosotros ese proceso de muerte y resurrección: ¿acaso todos ustedes no han tenido la experiencia de salir reforzados de situaciones difíciles? ¿qué es eso sino la experiencia de la resurrección? Sí, les ruego que tengan en cuenta que el mejor regalo que Dios les puede dar esta semana santa es la de hacerles sentir herederos de este destino de resurrección y de vida en lo concreto de su existencia. Somos seres para la vida, siempre y en todo momento, iluminados por la experiencia del resucitado. Esto es lo que tuvo clarísimo San Pablo y por eso pudo decir que nada ni nadie le separaría del amor de Cristo. Les ruego, por tanto, que cuando celebren y contemplen la humanidad y humildad de nuestro Señor, les oriente a vivir con esperanza cada momento de sus vidas, sabiendo sacar de cada lance de la misma el jugo que nutre y alimenta la existencia propia y también la ajena. Les suplico que cuando tengan que beber el trago amargo de la incomprensión, del insulto, del engaño, de la separación de los que más quieren, sepan buscar manos amigas que les ayuden a llevar el peso de su cruz, porque en el hermano, en la madre, en el marido, en la vecina estará el Señor sosteniéndolos. También les

ruego que cuando tengan acontecimientos bonitos que celebrar, lo hagan con la alegría que sale de dentro.

Jesús dijo de sí mismo “Yo soy la luz del mundo. El que me siga no caminará a oscuras, sino que tendrá la luz de la vida” (Jn 8,12). Desde que nacemos, sabemos que lo nuestro es caminar. Hemos de hacerlo nos guste más o nos guste menos. En unas ocasiones elegimos el compañero o compañera de camino, en otras se nos da. Hay momentos en los que todo es una luz maravillosa y la vida nos sonríe, y otros en los que se apaga absolutamente todo y se nos pide que caminemos en las tinieblas. Al final, cada cual se sitúa ante el misterio de la vida de la manera que mejor sabe. La semana santa celebrada con autenticidad cristiana quiere ser como esa persona pedagoga que ayuda a los niños a descubrir dentro de sí mismos la infinidad de recursos de que disponen para disfrutar de la vida que se da como regalo. Jesucristo se convierte en el pedagogo de la vida que nos enseña a recorrer cada momento. La manera suya de encarar su muerte y de manifestar su resurrección son asignaturas que hemos de tener siempre en cuenta a la hora de estudiar y profundizar en el misterio de nuestra vida. Su lección principal es que la fuerza del amor remueve cualquier obstáculo para que la vida se abra paso. El amor lo puede todo. El amor vence a la injusticia, al odio, a la muerte. El amor, plasmado en el lavatorio de los pies a sus discípulos, adquiere su expresión máxima en la cruz, símbolo de entrega y esperanza para los cristianos. Mirémosla, pues, sin miedo, levantemos nuestros ojos hacia ella, contemplemos este espectáculo inaudito, dejémonos embargar por el misterio de un hombre cuyo poder reside en la renuncia a todo poder. Esta lección de la entrega y de la humildad de Jesucristo crucificado, dará paso a la lección final y definitiva de la esperanza en la resurrección. Esperar la vida tras la muerte, he ahí el desafío del creyente.

Aquel niño trajo al pueblo la luz que necesitaba. No es que ellos no la tuviesen, sino que nadie les había indicado que mirasen dentro de sí para que descubriesen que su destino como personas era ser luz para los demás. El secreto era “ayudarse unos a otros”. Jesucristo es luz para toda la humanidad, ayer hoy y siempre. El

prendió su luz en unos cuantos hombres incultos y bastante rudos, lo suficiente como para que todas las gentes podamos saber de esta buena noticia. A uno de ellos le preguntó hasta por tres veces si quería ser luz para los demás. Aquel respondió las tres veces que sí. Días antes, su respuesta había sido negativa. A nosotros, el Señor Jesús nos preguntará esta semana santa: ¿quieres ser luz para este mundo? ¿Quieres dejarte ayudar por mí? ¿quieres ayudar a los demás? Ojalá le podamos responder como aquel discípulo: “Sí, Señor, tú sabes que te quiero”. Porque al final, descubriremos que lo que ilumina nuestro camino no es otra cosa sino el amor.

Feliz aniversario para la parroquia de San Antonio de Padua de Alicante y deseo de corazón que Dios les bendiga a todos en esta semana santa.

Muchas gracias.